



Cuentos completos

Herman Melville

Muchos de los héroes melvilleanos temen y sufren «la deriva universal de la masa de la humanidad hacia el más completo de los olvidos» de la misma angustiosa manera que tratan de oponerse a ella. La propia deriva de Melville en su tiempo, incomprendido y escasamente valorado por el público y la sociedad literaria, no auguraba el reconocimiento que le reservaría la posteridad. Desplazados, retirados, víctimas de grandes mudanzas, sus personajes tratan de encontrar un sentido a la soledad que finalmente ha caído sobre sus vidas: a veces lo encuentran, sí, y entonces alguno de ellos, «con genio y sin fama, es más feliz que un rey»; otros se aferran obsesivamente a una obra que les identifica, como puede ser un campanario, un «Gran Aparato Hidrostático» o una chimenea, y en esa identificación hallan la muerte, un fracaso investido de dignidad o, al contrario, el valor de una insobornable resistencia; algunos, como el protagonista de «La veranda», persiguen quimeras solo para descubrir que ellos mismos son la quimera de otros menos afortunados; y otros, en fin, como el marino Daniel Orme, se llevan a la tumba el secreto de su hosquedad y su silencio.

En este volumen se recogen los *Cuentos completos* de Melville y el lector tendrá ocasión de descubrir en él no solo las claves de una literatura inspiradísima, extemporánea y visionaria, sino también la apreciable deuda que la posteridad ha contraído, y quizá no saldado, con su autor, sin duda uno de los mayores precursores de las corrientes literarias del siglo XX.

Nota al texto

Los cuentos de Melville han tenido una suerte muy dispar: algunos se publicaron de modo anónimo en distintas revistas y se reeditaron después en forma de libro (es el caso de *The Piazza Tales*, donde se incluían también varias novelas o relatos cortos, como el conocidísimo *Bartleby el escribiente*, que por no tener propiamente el carácter de cuentos no han sido recogidos aquí); otros, por el contrario, no volvieron a publicarse en vida de Melville y varios no llegaron a publicarse nunca en vida del autor, bien por reticencias de los editores (como ocurrió, por ejemplo, con «Los dos templos», que en la época pareció excesivamente poco respetuoso con la institución eclesiástica) o del propio Melville.

El orden seguido en la presente edición es el cronológico de acuerdo con la fecha de publicación, aunque, debido principalmente a razones de estilo y estructura, en algún caso se haya tenido también en cuenta la fecha en la que se escribió el cuento.

Así, «Fragmentos desde un escritorio» se publicó, firmado con las iniciales L. A. V., en el *Democratic Press and Lansingburgh Advertiser* en las entregas correspondientes al 4 y al 18 de mayo de 1839; las «Anécdotas auténticas del "Viejo Zack"» aparecieron, igualmente por entregas, en la revista *Yankee Doodle* de julio a septiembre de 1847. Los cuentos «Quiquiriquí», «El fracaso feliz» y «El violinista» aparecieron en *Harper's New Monthly Magazine* en los nú-

meros correspondientes a diciembre de 1853, y a julio y septiembre de 1854. Los famosos dípticos «El pudín del pobre y las migajas del rico» y «El Paraíso de los solteros y el Tártaro de las doncellas» se publicaron de manera anónima en la misma revista en junio de 1854 y en abril de 1855 (se ha optado por incluir «Los dos templos» junto con los otros dos dípticos debido a que tanto la fecha de escritura como la estructura del cuento coinciden). «Jimmy Rose» se publicó, también en *Harper's New Monthly Magazine*, en noviembre de 1855. «El vendedor de pararrayos» y «El campanario» se publicaron anónimamente en *Putnam's Monthly Magazine*, en agosto de 1854 y de 1855, y se reeditaron en 1856 en *The Piazza Tales* junto con «La veranda», el cuento que da título al libro. En marzo de ese mismo año se publicaron «Los 'gueses» y «Yo y mi chimenea», el primero en *Harper's New Monthly Magazine* y el segundo en *Putnam's Monthly Magazine*. Dos meses más tarde, en mayo, y también en *Putnam's Monthly Magazine*, apareció «La mesa de manzano». En cambio, «John Marr» se incluyó en una colección de poemas publicada de forma privada en 1888 y titulada *John Marr and Other Sailors*. A su muerte, en 1891, Herman Melville dejó varios manuscritos de cuentos y bosquejos en prosa que no vieron la luz hasta que los publicó la editorial Constable en una edición de sus obras completas (Londres, 1922-1924). La mayoría estaban pensados, como «John Marr», para acompañar o introducir un poema. Este es el caso de los tres cuentos que hemos optado por incluir en último lugar: «El marqués de Grandvin», «Tres retratos de Jack Gentian» y «Daniel Orme».

Salvo en el caso de los cuatro últimos relatos, esta traducción se basa en la excelente edición crítica de los escritos de Herman Melville publicada por The Northwestern University Press y The Newberry Library (*The Piazza Tales and Other Prose Pieces 1839-1860*; Evanston, Chicago, 1987). Como fuente para el texto de *John Marr* he empleado un ejemplar de la primera edición publicada privada-

mente por Melville, que puede consultarse en la New York Public Library, mientras que en el caso de los tres últimos cuentos he recurrido a la edición de *Great Short Works of Herman Melville* publicada por Perennial Library (Nueva York, 1969).

MIGUEL TEMPRANO GARCÍA

Fragmentos desde un escritorio

I

Mi querido M.:

Puedo imaginaros sentado en ese amado, delicioso y anticuado sofá; con la cabeza apoyada en el lujoso acolchado y los pies en alto sobre el respaldo ambicioso de esa silla vieja y extraña de patas rectas y cuello tieso, que, como me aseguró nuestro bromista W., es idéntica al asiento en el que el viejo Burton escribió su *Anatomía de la melancolía*. Estoy viéndoos levantar a regañadientes la mirada del enorme tratado en cuarto que os aplasta el regazo para recibir el paquete que os lleva el criado y casi puedo imaginar cómo esos amados rasgos se iluminan por un momento con una expresión de alegría al leer el remite de vuestro gentil pupilo. Os suplico que dejéis ese odioso volumen de letras negras y no permitáis que sus hojas mohosas y marchitas mancillen la pureza virginal y la blancura de la hoja que sirve de vehículo para tanto buen sentido, pensamientos puros y sentimientos castos y elegantes.

Recordaréis cómo solíais reprocharme mi solapada vergüenza, mi *mauvaise honte*, como diría lord Chesterfield. ¡Pues bien! He decidido que, de ahora en adelante, no volveréis a tener ocasión de aplicarme esos aduladores apelativos de «¡loco!», «¡majadero!» y «¡borrego!», que antes veríais indignado sobre mí, con un vigor y una facilidad que

siempre suscitaba mi sorpresa, aunque provocara en mí cierto resentimiento.

¿Y cómo creéis que me he librado de semejante estorbo? Pues simplemente llegando a la conclusión de que este hermoso cuerpo mío alberga todas las gracias viriles. De que mis miembros se modelaron según la simetría del Júpiter de Fidias; de que mi semblante irradia ingenio e inteligencia y de que toda mi persona es envidiada por los petimetres, idolatrada por las mujeres y admirada por mi sastre. ¡Y qué decir, señor, de mi espíritu! He descubierto que está dotado de los poderes más inauditos y extraordinarios, henchido de conocimiento universal y embellecido con toda suerte de logros refinados.

¡Pólux! ¡Qué cómodo resulta tener buena opinión de uno mismo! Vamos, que cuando paseo por la Broadway de nuestro pueblo, me doy unos humos que me ganan el aprecio de cualquier persona inteligente con la que me encuentre, ¡como un *distingué* del agua más pura, una brizna del verdadero temperamento, sangre de la mejor calidad! ¡Dios mío!, cómo desprecio a esa gentuza rastrera que escurre el bulto por la calle como si fueran lacayos o vagabundos; que no han aprendido jamás a llevar la cabeza bien alta, sino que cargan con el más noble de los miembros humanos como si se la hubiera golpeado alguna amazona arpía; que arrastran los pies por la acera con paso rápido y vacilante, con un movimiento atropellado y ridículo que, por la magnitud del contraste, embellece mi propio andar lento y digno, que puedo variar a voluntad desde una suerte de abandono hasta un paso más vivo y despierto, de acuerdo con el tiempo, la ocasión y la compañía.

Y también en sociedad..., ¡cuántas veces me habré compadecido de los pobres desgraciados que se quedan aparte en un rincón, como un rebaño de ovejas asustadas mientras yo, hermoso como Apolo, vestido de un modo que despertaría la admiración de un Brummel y circundado por un cinturón de amor propio, bromeo con las damas, re-

quiebro a una, intercambio unas palabras con otra, acaricio a esta bajo la barbilla y le paso la mano a esta otra por la cintura; y, finalmente, remato la operación besándolas a todas para gran edificación de los seductores y mal reprimido disgusto de la ovina multitud mencionada antes, que con los ojos abiertos como platos y la boca distendida me proporciona materia para ejercer mi refinado ingenio, que como el centelleante filo de una espada damascena «deslumbraba a todos con su brillo»!

Y entonces, cuando se abren las puertas y el lacayo anuncia que la cena está dispuesta, cuántas veces me habré adelantado y, con profunda obediencia hacia las damas, habré prometido por el arco de Cupido y puesto a Venus por testigo de mi sinceridad, al decirles que desearía tener cien brazos para ponerlos todos a su servicio, y las habré escoltado alegre y galantemente hasta el lugar del banquete; mientras esas tímidas criaturas se dirigían al salón como una manada de vacas estúpidas, tropezando, sonrojándose, balbuciendo y solas.

¡Cierto!, debido a mis logros elegantes y mi talento superior, mi gracioso porte, y sobre todo mi natural dominio de mí mismo, he provocado imprudentemente hasta un extremo irreconciliable el resentimiento de media veintena de esos petimetres de pueblo; a quienes, aunque preferiría contar con su aprecio, valoro demasiado poco para temer su mala voluntad.

¡Por mi Biblia, señor, que este mismo pueblo de Lansingburgh contiene dentro de sus hermosos límites tantas damiselas de mejillas sonrojadas como uno querría contemplar en un somnoliento día de verano! Cuando recorro las anchas aceras de mi propia metrópolis, mis ojos se detienen en esas bellas formas que mariposean aquí y allá y me paro a admirar la elegancia de su atuendo; el gusto exhibido en sus adornos; la suntuosidad de los materiales; y puede que a veces el encanto de unos rasgos que ningún arte podría mejorar ni ninguna negligencia ocultar.

Pero aquí, señor, aquí..., donde la mujer parece haber erigido su trono y establecido su imperio; aquí donde todos sienten y agradecen su influencia, florece en originales encantos; y el ojo se posa, sin dejarse deslumbrar por la profusión de extraños ornamentos, sobre los rostros más hermosos que nuestra naturaleza de barro puede adoptar. El poeta ha cantado:

Quando por vez primera el arte de los ro-
dios adornó
a la reina de la belleza con su chipriota
sombra,
el afortunado maestro combinó en su
obra
todas las hechiceras miradas de las bellas
de Grecia.
Fiel a la perfecta naturaleza, robó una
gracia
de cada forma delicada y de cada dulce
rostro;
y mientras estuvo en las islas del Egeo,
cortejó sus amores y atesoró sus sonrisas;
luego doró los matices, puros, preciosos
y refinados,
y así combinados los mortales encantos,
celestiales parecían.^[1]

Ahora bien, si Apeles hubiera florecido en nuestros días, y más particularmente, hubiese establecido su domicilio en este hermoso pueblo, yo mismo habría podido presentarle más de una Hebe en la que se reuniesen todas las gracias que configuran el ideal de belleza y encanto femeninos. Tampoco, mi querido M., reina en esta brillante exhibición esa monotonía de rasgos, formas y tez que se ve en todas partes; no, aquí tenemos todas las variedades, todos los ór-

denes de la arquitectura de la Belleza: el dórico, el jónico, el corintio, todos están aquí.

Tengo en «los ojos de mi alma, Horacio»^[2], tres (el número de las Gracias, como recordaréis) que podrían estar cada una de ellas en la cima de sus órdenes respectivos. Si la primera se vistiera con silvano atuendo, y portase en su mano un arco, podría considerarse con justicia y propiedad el retrato de la misma Diana. Su porte es audaz, su estatura alta y recta, su presencia regia y dominadora y su tez tan clara y bella como el rostro del cielo en un día de mayo; sus ojos brillan con ese matiz indefinible que es, sin duda, el más sorprendente que pueda adornar el rostro humano. El bermellón de sus mejillas adopta perpetuamente ese tono saludable y lozano que estamos acostumbrados a contemplar y que ilumina, ¡ay!, por un instante, el rostro de la bella de ciudad cuando hace su excursión anual al campo para disfrutar por un tiempo del refugio de la vida rústica.

Si a esas cualidades le añadimos la majestad en la apariencia y la dignidad en el porte que habríamos atribuido a la regia amante de Antonio, junto con ese semblante heroico y griego que la imaginación le asigna inconscientemente a la judía Rebeca, cuando se resistía a las arteras mañas del templario^[3], tendréis en mi pobre opinión el retrato de...

Al aventurarme a describir a la segunda de esta hermosa trinidad, siento que mis poderes de delineación son inadecuados para la tarea; aun así trataré de hacerlo, aunque como un pobre aficionado temo ofender los encantos que intento retratar.

¡Acudid en mi ayuda, espíritus guardianes de la Belleza! ¡Guiad mi torpe mano y preservad de la mutilación los rasgos que cuidáis y protegéis! Bebed ríos enteros de champán, mi querido M., hasta que vuestro cerebro esté mareado por la emoción; estudiad atentamente la última parte del Canto Primero del *Childe Harold*, y saquead vuestras reservas intelectuales en busca de las más vivas visiones del

País de las Hadas, y estaréis en parte preparado para disfrutar del epicúreo banquete que me dispongo a ofreceros.

La estatura de esta hermosa mortal (si es que en verdad pertenece a la tierra) es perfecta, pues, aunque no se la pueda acusar de ser baja, tampoco puede llamársela con propiedad alta. Su figura es esbelta, casi hasta la fragilidad, pero sorprendentemente modelada en la elegancia espiritual, y es la única forma que vi jamás que puede soportar el juicio de una crítica rigurosa.

Cualquiera que esté dotado del más ínfimo residuo de imaginación debe de haber convocado desde los reinos de la fantasía, un ser más brillante y hermoso que cualquier otra cosa que hubiera contemplado antes en alguna de sus ilusiones, cuyo atributo principal y diferenciador invariablemente resulte ser una forma del encanto indescriptible que parece:

navegar en luz líquida,
y flotar en un mar de bendiciones^[4].

Raras veces se nos concede el cumplimiento de estas visiones seráficas, pero puedo decir sinceramente que cuando mis ojos se posaron por primera vez en esta adorable criatura, me creí transportado al país de los sueños donde yacía encarnada la más brillante concepción de la más descabellada fantasía. Si la chispa prometeica pudiera animar la Venus de Medici, no haría sino ofrecer un reflejo de...

Su tez tiene el tono delicado de las morenas, con un poco del rosado matiz de las circasianas; y uno podría jurar que únicamente los soleados cielos de España han iluminado la infancia de un ser semejante, que tanto se parece a sus propias «hijas de mirada oscura»^[5].

El contorno de su cabeza junto al perfil de su rostro están esbozados con clásica pureza, y mientras el uno es indicio de sentimientos refinados y elegantes, el otro no es más

casto y sencillo que el espíritu que irradia cada rasgo de su cara. Su pelo es negro como ala de cuervo, y está partido como el de una virgen sobre la frente, donde se asienta, circundada por sus hermanas, el verdadero genio de la belleza poética, la esperanza y el amor.

¡Y qué decir de sus ojos! ¡Abren hacia ti sus órbitas negras y profundas como el sol de mediodía en el cielo, y abrasan tu alma con los fuegos del día! ¡Igual que la chispa divina del Dios propicio incendiaba en un instante las ofrendas colocadas sobre el altar sacrificial de los hebreos, basta con una simple mirada de esos ojos orientales para incendiar tu alma y provocar un estallido en tu interior! ¡Qué extraños son los dardos de Cupido! ¡Como los mandobles de la espada de Minotti^[6], un simple vistazo a su alrededor en un atestado salón de baile dejaría a su alrededor pilas de corazones amontonados en semicírculos! Pero el sexo más rudo se merece que este ser glorioso usurpe su orgulloso dominio, y otorgue a la expresión de su mirada una ternura capaz de derretir al corazón más frío y sanar las heridas antes infligidas.

Si al musulmán devoto y ejemplar que, al morir en la fe de su Profeta, anticipa yacer en lechos de rosas embriagado por toda la eternidad, le esperan huríes como esta, arrastradme amables vientos más allá de este triste mundo y

¡Envolvedme en dulces aires lidios!^[7]

Pero me estoy dejando arrastrar por no sé qué extravagancias, así que os daré brevemente un retrato de la última de estas tres divinidades, y pondré fin a mis fatigosas lucubraciones.

Esta última es una belleza liliputiense; de estatura diminuta, pelo rubio y pies para los que sería demasiado grande la zapatilla de Cenicienta; un rostro dulce e interesante y

modales eminentemente refinados y atractivos. El aspecto de su fisonomía es singularmente suave y amable, y toda su persona rebosa cada una de las gracias femeninas. Sus ojos

Derraman la dulzura de sus rayos azules;
[8]

y a ella, por encima de todas las de su sexo, pueden aplicársele los versos de nuestro gentil Coleridge:

Doncella de mi Amor, dulce «_____»,
a la luz de la belleza te deslizas:
tus ojos son como la estrella de la víspera,
y dulce tu voz como canción de serafines.
Pero no es tu celestial belleza lo que infunde
una pasión suave y brillante en este corazón,
sino la voz que en tu alma habita
y te prohíbe oír hablar de mi aflicción.
Cuando el sufriente se hunde y desfallece
no ve tendida la salvadora mano,
hermosa como el regazo del cisne
que se eleva graciosa sobre las olas,
he visto tu pecho conmovido de piedad,
y por eso te amo dulce «_____»^[9]

Aquí, mi querido M., termina mi catálogo de las Gracias, este capítulo dedicado a las Bellezas, y debo implorar vuestro perdón por haber abusado tan largo tiempo de vuestra paciencia. En caso de que a vos mismo, puesto que no es del todo imposible que la llama amatoria se haya extinguido de vuestro pecho, no os interesen estos tres «falsos pre-

sentimientos», no dejéis de hacérselos llegar a... y de pedirle su opinión en cuanto a sus respectivos méritos.

Ofrecedle mi agradecimiento al alcalde por haber atendido tan rápido mi petición y aceptad vos mismo el testimonio de mi nada mermado aprecio y mi esperanza de que el cielo continúe sonriéndooos e iluminando vuestro camino.

Siempre vuestro,

L. A. V.

II

«¡Caiga la confusión sobre los griegos!», exclamé mientras me levantaba iracundo de la silla y arrojaba mi viejo diccionario al otro lado de la habitación, cogí el sombrero y el bastón, me eché el abrigo por encima y salí al aire puro del cielo. La frescura tonificante de una noche de abril calmó mis sienes doloridas, y lentamente me encaminé hacia el río. Tras pasear junto a la orilla cerca de media hora, me tumbé sobre la hierba mullida y no tardé en perderme en ensoñaciones y en hundirme en mis sentimientos.

No llevaba allí ni cinco minutos, cuando una figura totalmente embozada en los amplios pliegues de un abrigo se deslizó junto a mí, dejó caer algo apresuradamente a mis pies y desapareció tras la esquina de una casa cercana, antes de que pudiera recobrarne del asombro que me produjo un suceso tan singular. «¡Por cierto —grité al ponerme en pie—, he aquí una chispa de lo maravilloso!», me agaché, recogí un pequeño, elegante y rosado billete amoroso con olor a lavanda, rompí apresuradamente el sello (un corazón atravesado por una flecha) y leí a la luz de la luna lo siguiente:

Gentil caballero:

Si mi imaginación os ha pintado con colores genuinos, al recibir esto, seguiréis sin falta a quien os lo ha entregado, allí donde quiera llevaros.

INAMORATA

«¡Diablos si lo haré! —exclamé yo—, ¡pero calma!». Y volví a examinar aquel singular documento, sostuve el billete entre mis dedos y examiné la letra delicadamente femenina que habría podido jurar que era de mujer. «¿Será posible —pensé— que hayan resucitado los días del romanticismo? No. “¡Los días de la caballería ya pasaron!”, dice Burke».

Mientras rumiaba estas reflexiones, levanté la vista y vi a la misma figura que me había entregado la dudosa misiva y que me hacía gestos de que la siguiera. Me precipité hacia ella; pero, al acercarme, ella se apartó y huyó ligera a lo largo del río a un paso que, entorpecido por mi abrigo y mis botas, no podía seguir, y que me llenó de diversas aprensiones a propósito de la naturaleza de un ser capaz de moverse con tan sorprendente celeridad. Por fin, completamente sin aliento, reduje el paso y lo propio hizo, al notarlo, mi misteriosa fugitiva, como si quisiera mantenerse a la vista, aunque a demasiada distancia para que pudiera hablarle.

Tras recuperarme de mi fatiga y recobrar el aliento, me desabroché el abrigo y, resuelto en mi interior a llegar hasta el fondo del misterio, me lo quité de los hombros, lo arrojé al suelo y reemprendí la persecución de la inalcanzable extraña. En cuanto di a entender por la extravagancia de mis acciones que pretendía darle alcance, ella, con una risa ligeramente despreciativa, comenzó a andar a un paso tal que, pese a mis esfuerzos por perseguirla, no tardó en dejarme atrás, desconcertado y alicaído, y maldiciendo para mis adentros al fuego fatuo que danzaba tan provocadoramente ante mí.